



## CAPÍTULO VIII

En el que se refiere como Periquillo se metió á sacristán;  
la aventura que le pasó con un cadáver; su ingreso en la cofradía de los mendigos  
y otras cosillas tan ciertas como curiosas

Si todos los hombres dieran al público sus vidas escritas con la sencillez y exactitud que yo, aparecerían una multitud de Periquillos en el mundo, cuyos altos y bajos, favorables y adversas aventuras se nos esconden, porque cada uno procura ocultarnos sus deslices.

Los pasajes de mi vida que os he referido y los que

me faltan que escribir, nada tienen, hijos míos, de violentos, raros ni fabulosos; son bastante naturales, comunes y ciertos. No sólo por mí han pasado, sino que los más de ellos acaso acontecen diariamente á los Pericos encubiertos y vergonzantes. Yo sólo os ruego lo que otras veces, esto es, que no leáis mi vida por un mero pasatiempo; sino que de entre mis extravíos, acaecimientos ridículos, largas digresiones y lances burlescos, procuréis aprovechar las máximas de la sólida moral que van sembradas, imitando la virtud donde la conocierais, huyendo el vicio y escarmentando siempre en las cabezas de los malos castigados. Esto será saber entresacar el grano de la paja, y de este modo leeréis, no sólo con gusto, sino con fruto el presente capítulo y los que siguen.

Acomodado de sota-sacristán con un corto salario y un escaso plato que me proporcionó mi patrón, comencé á servirle en cuanto me mandaba.

No me fué difícil agrádarle, porque un muchacho de doce años, hijo de él, me aleccionó, no sólo en mis obligaciones, sino en el modo de tener mis percances; y así pronto aprendí á esconder las chorreaduras de las velas y aun cabos enteros para venderlos, á sisar el vino á los padres, á importunar á los novios y á los padrinos de bautismos para que me diesen las propinas, y á hacer mayores estafas y robillos de los que no formaba el menor escrúpulo.

En poco tiempo fuí maestro, y ya mi jefe se descuidaba conmigo enteramente. Una virtud y un defecto más que llevé al oficio, se me olvidaron á poco tiempo de aprendiz.

La virtud era un aparente respeto que conservaba á las imágenes y cosas sagradas, y el defecto era el mucho miedo que tenía á los muertos; pero todo se acabó. Al principio, cuando pasaba por delante del sagrario, hincaba ambas rodillas, y cuando me levantaba de noche á atizar la lámpara temblaba de miedo, y hasta mi sombra y el ruido de los gatos se me figuraban difuntos que se levantaban de sus sepulcros. Pero después me hice tan irreverente, que cuando pasaba por frente del tabernáculo me contentaba, cuando más, con dar un brinquito á modo de indio danzante, y llegaba con mi sacrílega osadía hasta pararme sobre el Ara.

Así como al augusto Sacramento, á las imágenes, vasos y paramentos sagrados les perdí el respeto con el trato, así les perdí el miedo á los muertos después que los empecé á manejar con confianza para echarlos á la sepultura.

Mi compañero el aprendiz me sirvió de mucho, porque cuando yo entré al oficio, ya él tenía adelantado bastante, y así me hizo atrevido é irreverente; bien que yo, en recompensa, lo enseñé á robar de un modo ó dos que no habían llegado á su noticia.

El primero fué el de quedarse con un tanto á proporción de lo que colectaba para misas, y el segundo á despojar á los muertos y muertas que no iban de mal pelaje á la hoya.

Una noche por estas gracias me sucedió una aventura que si no me costó la vida, por lo menos me costó el empleo.

Fué el caso, que sepultando una tarde yo y mi compañero el muchacho á una señora rica que había muerto de repente, al meterla en el cajón advertí que le relumbra una mano que se le medio salió de la manga de la mortaja. Al instante y con todo disimulo se la metí, echándole encima un tompiate de cal según es costumbre. Mientras que los acompañados gorgoriteaban y el coro les ayudaba con la música, tuve lugar de decirle al compañero: — Camarada, no aprietes mucho que tenemos despojos y buenos. — Con esto, dando propiamente un martillazo en el clavo y ciento en el cajón, encerramos á la difunta en el sepulcro, cuidando también de no amontonar mucha tierra encima para que nos fuera más fácil la exhumación. El entierro se concluyó, y los dolientes y mirones se fueron á sus casas creyendo que quedaba tan enterrado el cadáver como el que más.

Luego que me quedé solo con el sacristancillo, le dije lo que había observado en la mano de la muerta, y que no podía menos sino ser un buen cintillo que por un

grosero descuido ú otra casualidad imprevista se le hubiese quedado.

El muchacho parece que lo dudaba, pues me decía: — Cuando no sea cintillo, ella es muerta rica, y á lo menos ha de tener rosario y buena ropa; y así no debemos perder esta fortuna que se nos ha metido por las puertas, y más teniendo ahorrado el trabajo de desclavar el cajón, pues los clavos apenas agujerarían la tapa. Ello es que no es de perderse esta ocasión.

Resueltos de esta manera, esperamos que diesen las doce de la noche, hora en que el sacristán mayor dormía en lo más profundo de su sueño, y prevenidos de una vela encendida bajamos á la iglesia.

Comenzamos á trabajar en la maniobra de sacar tierra hasta que descubrimos el cajón, el que sacamos y desclavamos con gran tiento.

Levantada la tapa, sacamos fuera el cadáver y lo paramos, arrimándose mi compañero con él al altar inmediato, teniéndolo de las espaldas sobre su pecho con mil trabajos, porque no podía ser de otro modo el despojo, en virtud de que el cuerpo había adquirido una rigidez ó tiesura extraordinaria.

En esta disposición acudí yo á las manos, que para mí era lo más interesante. Saqué la derecha, y ví que tenía en efecto un muy regular cintillo, el que me costó muchas gotas de sudor para sacarlo, ya por no sé qué

temor, que jamás me faltaba en estas ocasiones, y ya por las fuerzas que hacía, tanto para ayudársela á tener al compañero, como para sacarle el cintillo, porque tenía la mano casi cerrada y los dedos medio hinchados y muy encogidos; pero ello es que al fin me ví con él en mi mano.

Pasamos á registrar y ver el estado de la demás ropa, y observé que el compañero no se equivocó en haberla creído buena, porque la camisa era muy fina, las enaguas blancas lo mismo; tenía las de encima casi nuevas de fino cabo de China, un ceñidor de seda, un pañuelo de Cambray, un rosario con su medalla que me quedé sin saber de qué era, y sus buenas medias de seda.

—Todo eso es plata, me decía mi camarada; pero ¿cómo haremos para desnudarla, porque este diablo de muerta está más tiesa que un palo?

—No te apures, le dije, cógele los brazos y ábrese-los, teniéndola en cruz, mientras que yo le desato el ceñidor, que debe ser la primera diligencia.

Así lo hizo el compañero con harto trabajo, porque los nervios de los brazos apetecían recobrar el primer estado en que los dejó la muerte.

La difunta era medio vieja y tenía una cara respetable; nuestro atrevimiento era punible; la soledad y obscuridad del templo nos llenaba de pavor, y así procurábamos apresurar el mal paso cuanto nos era dable.

Para esto me afanaba en desatar el ceñidor, que estaba anudado por detrás, pero tan ciegamente que por más que hacía no podía desatarlo. Entonces le dije al compañero que yo le sujetaría los brazos, mientras que él lo desataba, como que estaba más cómodo.

Así se determinó hacer de común acuerdo. Le afiancé los brazos, levantó mi compañero la mortaja y comenzó á procurar desatarla; pero no conseguía nada por la misma razón que yo.

En prosecución de su diligencia se cargaba sobre el cadáver, y yo lo apretaba contra él porque ya me lo echaba encima, y como yo estaba abajo de la tarima me vencía la superioridad del peso, que es decir que teníamos al cadáver en prensa.

Tanto hizo mi compañero, y tanto apretamos á la pobre muerta, que le echamos fuera un poco de aire que se le habría quedado en el estómago: esto conjeturo ahora que sería; pero en aquel instante y en lo más riguroso de los apretones, sólo atendimos á que la muerta se quejó y me echó un tufo tan asqueroso en las narices, que aturdido con él y con el susto del quejido, me descoyunté todo y le solté los brazos, que recobrando el estado que tenían, se cruzaron sobre mi pescuezo, á tiempo que un maldito gato saltó sobre el altar y tiró la vela, dejándonos atentos á la triste y opaca luz de la lámpara.

Excusado parece decir que con tantas casualidades, viniéndose el cuerpo sobre mí, y acobardándome imponderablemente, caí privado bajo del amortajado peso á las orillas de su misma sepultura.

El cuitado ayudante, cuando oyó quejar á la señora muerta, vió que me abrazaba y caía sobre mí, y al feroz gato saltando junto de él, creyó que nos llevaban los diablos en castigo de nuestro atrevimiento, y sin tener aliento para ver el fin de la escena, cayó también sin habla por su lado.

El susto no fué tan trivial que nos diera lugar á recobrarlos prontamente. Permanecimos sin sentido tirados junto á la muerta hasta las cuatro de la mañana, hora en que, levantándose el sacristán y no encontrándonos en su cuarto, creyó que estaríamos en la sacristía previniendo los ornamentos para que dijera misa el señor cura, que era madrugador.

Con este pensamiento se dirigió á la sacristía, y no hallándonos en ella, fué á buscarnos á la iglesia. ¡Pero cuál fué su sorpresa cuando vió el sepulcro abierto, la difunta exhumada y tirada en el suelo acompañada de nosotros que no dábamos señales de estar vivos! No pudo menos sino dar parte del suceso al señor cura, quien luego que nos vió en la referida situación, hizo que bajaran sus mozos y nos llevaran adentro, procediendo en el momento á sepultar el cadáver otra vez.

Hecha esta diligencia, trató de que nos curaran y reanimaran con álcalis, ventosas, ligaduras, lana quemada, y cuanto conjeturó sería útil en semejante lance.

Con tantos auxilios nos recobramos del desmayo y tomamos cada uno un pocillo de chocolate del mismo cura, el que luego que nos vió fuera de riesgo nos preguntó la causa de lo que habíamos padecido y de lo que había visto.

Yo, advirtiendo que el hecho era innegable, confesé ingenuamente todo lo ocurrido, presentándole al cura el cintillo, quien luego que oyó nuestra relación, tuvo que hacer bastante para contener la risa; pero acordándose que era él responsable de estos desaciertos, encargó el castigo de mi compañero á su padre, y á mí me dijo que me mudara en el día, agradeciéndole mucho que no nos enviara á la cárcel, donde me aplicarían la pena que señalan las leyes contra los que quebrantan los sepulcros, desentierran los cadáveres y les roban hábitos, alhajas ú otra cosa.

— Esta pena, decía el cura, sepa usted, para que otra vez no incurra en igual delito, es que si las sepulturas se quebrantan con fuerza de armas, tienen los infractores pena de muerte, y si es sin ellas clandestinamente, como ahora, deben ser condenados á las labores del rey.

Pero yo, que caritativamente quiero excusarlo de esta pena, no puedo mantenerlo en mi curato; porque